

## ¿INSTINTO DE MUERTE O PULSIÓN DE MUERTE?

Miguel Leivi

Este taller, y en especial esta contribución al mismo, derivan en gran medida del panel que, también con Cecilia e Inés, presentamos en el Simposium de APdeBA de 2014, dedicado en esa ocasión a la articulación posible del psicoanálisis con otras disciplinas. En particular, aquel panel (XXXVI Simposium de APdeBA, 133 y sigs.) estuvo orientado a explorar un enfoque transdisciplinario que abordara las relaciones y diferencias posibles entre psicoanálisis y etología, joven disciplina que, en palabras de Konrad Lorenz, aplica “*al comportamiento de los animales y del hombre todos los métodos que se utilizan, desde Charles Darwin en adelante, en todas las demás ramas de la biología*” (Laurent, E., 1977, 25).

Desde mi perspectiva, abordar este campo de relaciones ponía en cuestión, de manera destacada, el concepto y la función del *instinto*, que es fundamental para el enfoque etológico<sup>1</sup> pero es, como mínimo, altamente problemático en el campo psicoanalítico. No sorprende entonces que, siguiendo esta línea, lo que queda ubicado en el centro de las diferencias sea el *Todestrieb* freudiano, ¿la *pulsión*? o ¿el *instinto*? de muerte, concepto que, no por casualidad, fue considerado el año pasado por cada uno de nosotros tres, si bien desde distintas ópticas. Claro que aquí las diferencias cambian su eje: para la etología, y para la biología en general, tal concepto es lisa y llanamente insostenible<sup>2</sup>; la diferencia se torna hacia ese lado absoluta, y toda posibilidad de diálogo transdisciplinario respecto de este tema queda eliminada de entrada. El intercambio posible se restringe entonces, en principio, al campo intraanalítico, interteórico, lo cual no necesariamente facilita las cosas, pero es lo que nos hemos propuesto en esta ocasión. Aunque el concepto no aparezca en la Metapsicología de 1915, a la que está

<sup>1</sup> Según Lorenz, “... los diferentes movimientos instintivos de pavoneo podían ser comparados con los mismos métodos. Lo que significaba la existencia y el descubrimiento de los ‘movimientos instintivos’, he allí el punto fundamental a partir del cual se desarrolló la etología” (Laurent, E., op.cit., 27).

<sup>2</sup> “... el concepto de instinto tanático (pulsión de muerte) [...] esta hipótesis, extraña a la biología, es para el etólogo no sólo innecesaria, sino falsa” (Lorenz, K., 1971, 4).

dedicado este Simposium, juega sin lugar a dudas un rol muy destacado en la metapsicología freudiana en sentido amplio.

Después de todo, el *Todestrieb* es una creación psicoanalítica, freudiana para mayor precisión, y aunque Freud apeló en muchos lugares a su convalidación o su refutación posible por parte de la biología<sup>3</sup>, esa expectativa nunca se cumplió; el concepto, hasta donde conozco, ni siquiera fue tomado en consideración. Sí lo fue, y lo sigue siendo, en otros ámbitos, aunque no sean los que Freud hubiese deseado. Por ejemplo: en julio de 2002 hubo en Castries, Francia, un encuentro que reunió a varios psicoanalistas y filósofos, un historiador, un diplomático y una profesora de literatura, dedicado justamente a “*La pulsión de muerte, entre psicoanálisis y filosofía*” (Plon, M. – Rey-Flaud, H., 2004). He ahí un campo transdisciplinario en el cual, más allá de las indudables diferencias existentes, el diálogo sobre esta cuestión sí tiene lugar y sentido.

¿Pulsión de muerte o instinto de muerte? El interrogante va mucho más allá de una simple cuestión terminológica, si tal cosa existe. Sabido es que ambos términos, *pulsión* e *instinto*, buscan traducir la duplicidad alemana del *Trieb* y del *Instinkt*. Sabido es también que Freud utilizó ampliamente, a lo largo de toda su obra, *Trieb*, y sólo en muy pocas y definidas ocasiones *Instinkt*. ¿Es sólo una preferencia retórica, da cuenta de alguna diferencia conceptual freudiana, más allá de la posible intención del propio Freud<sup>4</sup>, o bien su uso sostenido y consistente *produce* y *da cuenta de* una diferencia conceptual que quizá no estaba definida desde el principio? Pues aquí las opiniones divergen. Entre nosotros, Ricardo Avenburg ha realizado un exhaustivo análisis de las veces – siete – en que el término *Instinkt* aparece en la obra de Freud y sobre esa base, sumada al recorrido por algunos diccionarios alemanes, entiende que no hay mayor diferencia entre *Trieb* e *Instinkt*, y que, a lo sumo, “*el concepto de ‘Trieb’ es más amplio e inclusivo que el de ‘Instinkt’, que le está subordinado*” (p. 17); por ese motivo considera que *instinto* es una buena traducción del *Trieb* freudiano y que no es necesario apelar al galicismo de *pulsión* para dar cuenta del mismo (Comunicación personal).

<sup>3</sup> Véase, por ejemplo, Freud (1920): “*debemos dirigirnos a la biología para testear la validez de nuestra creencia*”, p. 45; “*nuestra expectativa de que la biología contradijera de plano el reconocimiento de pulsiones de muerte no se ha cumplido*”, p. 49; “*las deficiencias de nuestra descripción probablemente se desvanecerían si ya estuviéramos en posición de reemplazar los términos psicológicos por otros, fisiológicos o químicos [...] no podemos adivinar qué respuestas dará (la biología) a nuestras preguntas dentro de algunas docenas de años*”, p.60.

<sup>4</sup> Ya que si somos coherentes con nuestro rol de psicoanalistas no nos podemos limitar, en el análisis de las palabras utilizadas, a la sola intención conciente del emisor.

El problema, a mi juicio, es que *instinto* es un término y un concepto muy importante y definido en el conjunto de las ciencias biológicas, con un contenido que no se puede desconocer: “*esquema de comportamiento heredado, propio de una especie animal, que varía poco de un individuo al otro, que se desarrolla según una secuencia temporal poco susceptible de grandes cambios y que parece responder a una finalidad*” (Laplanche, J. – Pontalis, J.-B., 2003), sin contar la especificidad de su objeto. ¿Podría el psicoanálisis asumir para el *Trieb* todas estas características, si se lo entendiera como *instinto*? Y, a la inversa: *Trieb* es un concepto muy fuerte dentro del psicoanálisis, aunque tal vez menos definido y consensuado que *instinto* para la biología; sin embargo, ¿podría la biología asumir para su *instinto* características asignadas por Freud al *Trieb*, tales como la variabilidad de sus fines, la contingencia de su objeto, ciertos destinos suyos como la sublimación, su carácter repetitivo y conservador, que tiene como finalidad última restablecer un estado anterior de cosas y, en última instancia, el estado inanimado, “*asegurar que el organismo siga su propio camino hacia la muerte*”, ya que “*el organismo sólo desea morir a su propia manera*” (Freud, S., 1920, 39)? No lo creo.

De hecho, las veces que Freud menciona en su obra el *Instinkt* lo hace o bien citando a otros autores que usan el término – como en *La interpretación de los sueños*, p. 579, o en *Psicología de las masas*, p. 118 –, o refiriéndolo explícitamente a los animales – como en *La interpretación de los sueños*, en *Lo inconsciente*, p. 195, en *El Hombre de los Lobos*, p. 120, o en *Moisés y el monoteísmo*, p. 100 – o explicitando que lo está utilizando *en un sentido analógico*, como en *El Hombre de los Lobos*<sup>5</sup> y *Lo inconsciente*<sup>6</sup>.

En lo que nos ocupa centralmente aquí, no hay que perder de vista además que, a pesar de sus especulaciones biológicas o de sus apelaciones a la convalidación de su *Todestrieb* por parte de la biología, a pesar incluso de generalizarlo a todo el orden de la

<sup>5</sup> “*Si se considera la conducta del niño de cuatro años hacia la escena primaria reactivada, o incluso si se piensa en las reacciones mucho más simples del niño de un año y medio cuando la escena fue realmente experimentada, es difícil descartar la idea de que algún tipo de conocimiento difícilmente definible, algo de algún modo preparatorio de la comprensión, obraba en el niño en ese momento. No podemos hacernos una idea de en qué podría consistir; no tenemos a nuestra disposición sino la simple analogía – y es excelente – del amplio saber instintivo (‘instinktiven’) de los animales*” (Destacado mío).

<sup>6</sup> “*Si existen formaciones mentales heredadas en el ser humano – algo análogo al instinto (Instinkt) en los animales – las mismas constituyen el núcleo del inconsciente*” (Destacado mío).

vida – menciona “*el empeño de toda sustancia viviente<sup>7</sup> por retornar a la quietud del mundo inorgánico*” (Freud, S., 1920, 62) –, siempre lo llama *Todestrieb*, y en ningún caso habla de *Todesinstinkt*.

Por estos motivos coincido con Laplanche y Pontalis (op. cit.) y muchos otros autores en que “*para el término freudiano Trieb, en una terminología coherente, conviene recurrir al término francés [ya incorporado al castellano, D.R.A.E.] de pulsión*”, dado que se trata de conceptos diferentes. Y también por eso, en lo que respecta al interrogante del título de este escrito, me inclino decididamente por *pulsión* de muerte.

Por más que Freud buscara un fundamento biológico para su especulación sobre la pulsión de muerte, las problemáticas que lo condujeron a ella surgen en la experiencia y la clínica analíticas; a ellas están dedicadas los tres primeros capítulos de *Más allá...*: las neurosis traumáticas y de guerra, con los sueños que ocurren en ellas (p. 12-13); el juego infantil, particularmente el *fort-da* (p. 14); la repetición transferencial de situaciones displacenteras (p. 21). Todas ellas desafían aspectos centrales de la teoría que sustentaba hasta entonces el abordaje analítico, y obligan a Freud, en este artículo y en los que seguirán, a revisarla, a modificar profunda e irreversiblemente su modelo de aparato psíquico, su teoría de las pulsiones, su concepción de la terapia analítica.

El giro de los años '20, que tantas controversias ha generado dentro del psicoanálisis, tiene como punto de arranque este artículo. Partiendo de lo concreto y relativamente inmediato de la observación clínica, se va adentrando cada vez más lejos en una “*especulación, a menudo rebuscada, que el lector considerará o descartará de acuerdo a su predilección individual*” (p. 24). Así comienza el capítulo cuarto. Su finalidad es la de “*suplantar una imposibilidad de que la teoría se elabore sólo a partir del material de la experiencia*” (Lemérier, B., 22) cuando, como en estos casos, las experiencias clínicas en cuestión no responden a la teoría vigente. La *compulsión de repetición* – primera hipótesis suplementaria – lleva a Freud a modificar la concepción del aparato psíquico, ya no más orientado a la descarga del exceso de excitación bajo el reinado supremo del principio del placer sino regido ahora por esa otra fuerza, “*más primitiva, más elemental, más pulsional, que el principio de placer, al que sobrepasa*”

---

<sup>7</sup> Destacado mío.

(p.23), la que debe ligar ese exceso de cargas libres para hacer posible la vigencia del principio del placer. Ya no más aparato de descarga, sino de repetición. Ese nuevo aparato psíquico debe ser construido, y para ello, siempre en el plano especulativo, Freud apela a la metáfora biológica de la “*vesícula indiferenciada de una sustancia susceptible a los estímulos*” (p. 26), antecedente del aparato de la segunda tópica de *El yo y el ello*.

Pero también requiere ser revisada profundamente la concepción vigente de las pulsiones, parte fundamental de la teoría, y de esa revisión surge, siempre en el plano especulativo, el nuevo dualismo pulsional, que subsume al anterior: las *pulsiones de vida* y el escándalo de las *pulsiones de muerte*, que no son “*ni deducidas ni derivadas*” de los hechos clínicos, sino postuladas cuando “*ni la observación directa ni la experiencia de la cura permiten formular nuevas hipótesis*” (Revault d’Allonnes, M., p. 34). ¿Es legítima esta manera de proceder? Sí, siempre que no se pierda de vista su carácter de exploración especulativa, que deberá buscar su fundamentación para convalidarse. Algo que implica evitar un doble error, que anularía de entrada la validez de la pulsión de muerte: “*ya sea recusarla porque desborda la observación clínica (no es más que una ‘ficción’ o un ‘mito originario’), ya sea reificarla, sustantificarla, fijarla en ‘figuras’ que pretenderían ‘representarla’ o encarnarla de manera más o menos directa*” (Id., 36). Ambas vías son reconocibles en el psicoanálisis.

Sin dejar de reconocer que “*todo perturba en esta noción*”, tanto su aspecto especulativo como el hecho de que no se sepa de qué muerte se está hablando, “*también nos molesta el término pulsión. ¿Dónde estaría la fuente, el objeto, el fin de la pulsión de muerte?*”, un autor como Pontalis se niega a descartarla, al tiempo que consigna la desviación de quienes, “*como Melanie Klein, parecen introducirse en ella radicalmente, pero focalizan la pulsión de muerte sobre el objeto (interno o externo), reduciéndola de ese modo a una fuerza que tiende a destruirlo*” (Pontalis, J.-B., 247).

De hecho, la agresividad, la destructividad, aparecerían, incluso en Freud, como los rostros visibles, reconocibles, de la pulsión de muerte, a pesar de su supuesta mudez clínica. Este presunto carácter mortífero de la agresión es el motivo principal de Lorenz para escribir su libro, donde rechaza, como ya se señaló, la hipótesis freudiana de la pulsión de muerte. Pero considerar la destructividad como efecto de la pulsión de muerte es una tendencia que ha desbordado al psicoanálisis hacia el lado de las llamadas

“ciencias del hombre”, despertando interés allí por el posible valor explicativo que el concepto pudiera tener sobre la infinidad de horrores enfrentados por la humanidad en su conjunto. Lo cual ha hecho sonar otras advertencias sobre el *“entusiasmo que lleva a una utilización desenfrenada y fantasiosa de ese concepto”*, sobre el *“posible carácter inflacionista del recurso explicativo a esta pulsión de destrucción, con el desprecio al que esta ‘moda’ puede dar lugar”* (Plon, M., 8).

En cualquier caso, estamos nuevamente en el campo de los fenómenos humanos, campo en el cual se ubica el psicoanálisis. Y si puede ser legítimo buscar en lo biológico el fundamento de cualquier manifestación de la conducta humana, ya que el hombre también es al fin y al cabo un animal, tal vez no lo sea tanto el buscarlo en forma invariable en ese campo. Ya que la animalidad del ser humano requiere ser matizada con su condición de parlante, que es precisamente como lo aborda el psicoanálisis. En la medida de lo conocido, la condición parlante singulariza a la especie humana dentro del reino animal. ¿Por qué no buscar allí una posible fundamentación para la especulación freudiana de la pulsión de muerte, que partió, como ya fuera consignado, de la clínica analítica, es decir, humana? Como señala Lacan (1955, 128), *“¿qué es lo que lo fuerza a pensar en esto? No la muerte de los seres vivientes. Sí la vivencia humana, el intercambio humano, la intersubjetividad. En lo que (Freud) observa del hombre hay algo que lo obliga a salir de los límites de la vida”*. Esa exterioridad al orden vital del ser humano no cabe obviamente buscarla en su condición animal, sino en su ser parlante: *“la entrada del significante en el mundo – es decir, en el cuerpo – es sin lugar a dudas lo que Freud aportó bajo el término de pulsión de muerte”* (Lacan, J., 1956, 50). El lenguaje, el significante, que no es del orden de la vida, se apodera del cuerpo-soma, desnaturalizándolo, mortificándolo y, en ese mismo movimiento, humanizándolo, tornándolo cuerpo erógeno, el cuerpo tal como aparece en la experiencia clínica, en la sintomatología, en el lazo entre los seres humanos.

Es posible pensar la fusión entre pulsiones de vida y de muerte – ya que, después de todo, la pulsión de muerte nunca se manifiesta por sí sola sino siempre fusionada de distintas maneras con la de vida – como la compleja articulación de ambas dimensiones de lo humano, vida biológica y muerte simbólica, cuerpo y significante, biología y lenguaje, irreductibles entre sí pero inextricables.



Años atrás, en otro trabajo (2007), creí poder encontrar en Ireneo Funes, el trágico personaje de Borges, una representación – ficcional, sin dudas – de lo que podría ser una completa desintrincación de las pulsiones de vida y muerte: totalmente anonadado en su vida, en su cuerpo, en su biología, el pobre Funes estaba reducido a su aterradora memoria infinita, a ser no más que una máquina insensatamente repetitiva, que registraba todo, que repetía todo, sin ton ni son, sin límites, sin propósito ni finalidad, como podría hacerlo en la actualidad una poderosísima computadora, máquina simbólica por excelencia. En esas condiciones la vida es efectivamente imposible; de hecho, el personaje muere después de haber puesto a nuestra consideración lo que podría ser una tal condición subjetiva, si se la puede llamar aún así.

El destacado lugar que han ido ocupando en la experiencia humana actual las máquinas, productos de la creatividad simbólica, tal vez explique el cambio operado en el carácter de los fantasmas que acosan en mayor medida a los seres humanos en la actualidad: ya casi no asustan las brujas, los vampiros o el poder desenfrenado de la vida representado por los animales salvajes – King Kong o los dinosaurios de Jurassic Park, por ejemplo –, sino otra galería de “personajes”, tales como los diversos e implacables robots de tantos libros y películas, las máquinas “inteligentes” que asumen el control de sí mismas, los replicantes de *Blade Runner* y las computadoras como Hal 9000 de *2001, odisea del espacio*, puras máquinas simbólicas que adquieren subjetividad careciendo de vida, de sustrato biológico. Y también, por qué no, la irresistible voz de Samantha, la heroína completamente inmaterial de *Her*, la inteligente película de Spike Jonze, capaz de despertar todos los ratones de cualquier pobre mortal convertido él mismo en incauto ratoncito de un nuevo tipo de flautista de Hamelin.

En ambos extremos de la defusión pulsional así concebida está la muerte efectiva: en el retorno a la pura vida, a una pura animalidad liberada de toda atadura simbólica, que es la muerte de toda subjetividad, por un lado; o, por el otro, en el acceso a un orden simbólico desencadenado, no sujetado a la vida, que adquiere una especie de subjetividad sin ninguna de las ataduras del cuerpo, de lo biológico. Se trata de una creación que se ha elevado a la categoría de una nueva representación del mal, y que ningún ser humano puede seguramente imaginar en sus implicancias sin estremecerse.



**Asociación Psicoanalítica de Buenos Aires  
XXXVII Simposio Anual**

**Palabras clave:** pulsión – pulsión de muerte – instinto – biología – psicoanálisis



## BIBLIOGRAFÍA

- Avenburg, R. - *El término 'Instinkt' en la obra de Freud*. Ficha.
- Freud, S. - *La interpretación de los sueños* (1900). S.E., T. V, London, 1975.  
 ----- - *Historia de una neurosis infantil (El Hombre de los Lobos)* (1918). S.E., T. XVII, London, 1975.  
 ----- - *Lo inconsciente* (1915). S.E., T. XIV, London, 1975.  
 ----- - *Más allá del principio del placer* (1920). S.E., T. XVIII, London, 1975.  
 ----- - *Psicología de las masas y análisis del yo* (1921). S.E., T. XVIII, London, 1975.  
 ----- - *El yo y el ello* (1923). S.E., T. XIX, London, 1975.
- Lacan, J. - *El Seminario, libro II: El yo en la teoría de Freud y en la técnica psicoanalítica* (1954-55). Paidós, Barcelona, 1984.  
 ----- - *El Seminario, libro IV: La relación de objeto* (1956-57). Paidós, Barcelona, 1994.
- Laplanche, J. -
- Pontalis, J.-B. - *Vocabulaire de la psychanalyse*. PUF, Paris, 1968.
- Laurent, E. - *El pensamiento de Konrad Lorenz*. Huemul, Buenos Aires, 1977.
- Leivi, M. - *Ireneo Funes, una neurosis traumática*. En: *La Peste de Tebas* N° 37, Buenos Aires, marzo de 2007.
- Lemérier, B. - *La pulsión de mort: une « spéculation psychanalytique »*. En : Plon, M. – Rey-Flaud, H., op. cit.
- Lorenz, K. - *Sobre la agresión: el pretendido mal*. Siglo XXI, México, 1971.
- XXXVI Simposium - Panel I: “*En busca de sobrevivir. Diálogo entre el punto de vista etológico y algunos paradigmas psicoanalíticos*”. XXXVI Simposio Anual de APdeBA, “*Siglo XXI: Herramientas y dispositivos del psicoanálisis*”, octubre-noviembre de 2014, págs. 133 y sigs.
- Plon, M. - “*Vogue*” et “*signification*” de la pulsión de mort. En : Plon, M. – Rey-Flaud, H., op. cit.
- Plon, M. -
- Rey-Flaud, H. - *La pulsión de mort, entre psychanalyse et philosophie*. Éditions érès, Ramonville, 2004.
- Pontalis, J.-B. - *Sobre el trabajo de la muerte*. En: Pontalis, J.-B. *Entre el sueño y el dolor*. Sudamericana, Buenos Aires, 1978.
- Revault
- d’Allonnes, M. - *Pulsions de mort et intraitable socialité*. En : Plon, M. – Rey-Flaud, H., op. cit.